

843
52

PQ2242
A48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1888.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

LOS AMORES DE FELIPE

I.

En uno de los cantones más frondosos de la fértil Normandía, situado en el centro de la provincia de Perche, se ve elevarse, al extremo de una larga avenida de álamos, un edificio que parece datar de tiempo de Enrique IV, y que llaman en el país el castillo de La Roche-Ermel. Es un sencillito pabellón, defendido en los ángulos por dos torrecillas agudas: en uno de los lados del patio hay una capillita de época

anterior, y en el otro está la mansión señorial.

La familia de La Roche-Ermel es una de las más antiguas del país, pero no de las más ricas. El conde Leopoldo, que representaba hacia mediados del siglo la rama principal, era el mayor de los tres hermanos, y la parte de herencia que tocó á cada uno no llegaba á doce mil francos de renta. Esto era muy poco para mantener el castillo y vivir con dignidad, de manera que aquella antigua residencia patrimonial estaba condenada á pasar á manos extrañas; pero esta profanación se evitó por medio de un tratado generoso, de que ya se ha dado ejemplo en algunas familias nobles. El hermano y la hermana del Conde le hicieron donación de sus bienes, renunciando ambos á todo su porvenir ó interés per-

sonal, y confundiendo su ser en el de su hermano mayor, en el del jefe de su familia. Estos dos grandes corazones no dieron ninguna importancia á aquella acción, pareciéndoles la cosa más natural del mundo, y su hermano aceptó de igual manera, pues él hubiera hecho lo mismo.

Los La Roche-Ermel eran muy queridos en la comarca, y se trataban con todo el mundo, siguiendo con gusto la costumbres del siglo, aunque guardando la reserva que correspondía á su nombre. Por otra parte, pertenecían á una de esas razas que imponen respeto por sus cualidades morales, y hasta por las físicas, que parecían hereditarias en ella. El conde Leopoldo era un hombre de elevada estatura, y cuya fisonomía expresaba tranquilidad y energía; sus modales eran distinguidísi-

mos, y usaba siempre con todos de una política y cortesía exquisitas.

Mientras que el Conde se entregaba á sus asuntos mecánicos, y hacía coronar á sus discípulos en los concursos agrícolas de la región, su hermano Carlos Antonio, á quien llamaban el *Caballero*, cuidaba del jardín, de la biblioteca, de la bodega y del barómetro. Tenía grandes aficiones botánicas, y pasaba horas enteras estudiando las hierbas de la avenida. Era, además, músico apasionado, y aunque su timidez le impedía lucir sus trabajos en público, no era extraño oír, ya avanzada la noche, los dulces sonidos de una flauta, que salían de la torrecilla que él habitaba.

La hermana, Angélica-Paula, presidía discretamente las obras de caridad, que tenían ancha plaza en las tra-

dicionales costumbres de la familia. Además, ordenaba la ropa blanca, se ocupaba de los detalles de la casa, y confeccionaba los platos de dulce. En los intervalos de estas ocupaciones domésticas cuidaba de las flores y de los pájaros, tarareando antiguas romanzas, en las que siempre se trataba de atrevidos pastores y de pastoras inflexibles. Su favorita, la que más repetía, era la siguiente:

«¡Lucas enamorado, reprime tus ardores!
Imita á mi rebaño cuando en el soto entró:
Que allí los altos olmos, las brisas y las flores,
La onda pura, y la sombra de mágicos verdores,
«¡Reprime tus ardores!», te dicen, como yo.»

Entre estas personas tan honradas nació, hacia el año 185...., Juana de La Roche-Ermel, la cual, preciso es confesarlo, fué acogida al principio con bastante frialdad.

Gracias al generoso desinterés de sus hermanos, el conde Leopoldo había podido casarse con una joven y rica vecina, que había sido la pasión de su juventud; pero de quien la desigualdad de fortuna parecía haberle separado para siempre.

Esta unión, dichosa bajo todos puntos de vista, había sido largo tiempo estéril, hasta que una indisposición de la Condesa hizo por fin concebir esperanzas, que el nacimiento de una hija realizó, aunque imperfectamente. Dos ó tres años más tarde, el Conde tuvo el dolor de perder á su joven esposa; y como la había amado demasiado para pensar en un segundo matrimonio, se resignó á no dejar heredero varón. Este sentimiento fué dulcificado por una circunstancia particular de familia.

El Conde tenía por vecino y por amigo á un primo hermano suyo, que llevaba el mismo apellido que él, puesto que eran hijos de dos hermanos; pero que la costumbre del país designaba bajo el nombre de Boisvilliers, para distinguirlo de su pariente. Desde las ventanas superiores del castillo de La Roche-Ermel podían verse el ático y el tragaluz que adornaba la fachada del castillo de Boisvilliers, pesada construcción del último siglo. Las dos posesiones se unían por sus avenidas.

Había entre los dos primos un aire de familia tan marcado, que á cierta distancia se tomaba al uno por el otro. La semejanza moral no era menor. Los dos tenían iguales sentimientos y los mismos gustos, ocupándose con asiduidad de los intereses locales, de las mejoras agrícolas y de los moder-

nos adelantos, siendo su diversión favorita la caza, y preocupándoles muy poco la política.

El señor de Boisvilliers tenía un hijo, Felipe, nacido algunos años antes que su prima Juana, y desde que el conde Leopoldo perdió toda esperanza de tener un heredero directo, su sueño dorado fué unir un día á su hija con Felipe de Boisvilliers, que debía ser á su muerte el mayor de los de La Roche-Ermel.

¿Dejó el conde Leopoldo adivinar aquel secreto de su corazón? ¿Fué esta unión, tan natural y tan conveniente, una combinación de las dos familias? De cualquier manera que sea, el futuro matrimonio de los dos niños fué desde entonces cosa convenida, tanto en La Roche-Ermel como en Boisvilliers: al principio se entretenían

misteriosamente con alusiones y con sonrisas; más adelante le decían á Felipe, cuando hablaban de Juana, «vuestra mujercita», y á Juana, cuando hablaban de Felipe, «vuestro marido». Las mujeres, y en particular la excelente Angélica-Paula, se entretenían con este juego, que no dejaba, preciso es confesarlo, de interesar vivamente á la señorita Juana, que estaba, tanto como una niña puede estarlo, enamorada de su primo. Se entretenían en esconder á Felipe detrás de una cortina ó debajo de una mesa, y en seguida introducían á Juana, que ignoraba su presencia, pero la adivinaba al momento, y dirigiéndose sin vacilar al escondite donde estaba su primo, le descubría, ruborizándose. Entonces se reían todos alegremente, excepto Felipe, muchacho altivo y tí-

mido, á quien todas estas cosas parecían verdaderamente insoportables. Había heredado de su madre, que ya había muerto, una sensibilidad nerviosa un poco exaltada, y las bromas de su familia y de las criadas, hablándole de sus amores y de su matrimonio, acababan por exasperarle, y su pretendida prometida, causa inocente de todas aquellas bromas, iba siendo poco á poco para él objeto de una extrema antipatía.

Estas impresiones le siguieron al liceo de *Luis el Grande*, donde entró á los quince años, y se revelaron con más fuerza cuando empezaron las vacaciones. Su regreso al país natal estaba amargado al pensar que encontraría allí á su fatal primita, sonriente y ruborizada. Su aversión hacia ella había acabado por extenderse á los

lugares donde respiraba y á las personas que la rodeaban, y, á no dudarlo, si Felipe hubiera dispuesto del rayo, el castillo de La Roche-Ermel hubiera sido borrado de la tierra con todas sus dependencias, comprendiendo al primogénito, al caballero Carlos Antonio y su flauta, á la tía Angélica, á la pobre Juana y á todos los criados.

Si semejantes disposiciones por parte del joven Boisvilliers hubieran sido sospechadas por las dos familias, de seguro hubieran producido una gran consternación; pero la respetuosa deferencia de Felipe hacia su padre y sus costumbres hereditarias de perfecta cortesía, no dejaban escapar ningún síntoma de sus secretos sentimientos. Es cierto que habian notado alguna frialdad y embarazo en las conversaciones con su prima, pero se explicaba

perfectamente aquella actitud por la timidez y la torpeza naturales á su edad.

Entre tanto, los años pasaban, y la señorita Juana crecía, creciendo al mismo tiempo su pura afección por su ingrato primo. De este cariño se había aprovechado hábilmente su familia, para guiarla en su educación. «¡Si os viese vuestro primo, señorita!» Esta había sido una frase mágica, de que toda la familia conoció bien pronto el poder, y ante la cual se apaciguaban de repente las cóleras y las rebeliones de la niña, pues se hacía cargo al momento de que podía disgustar á su primo, y esto originar la ruptura de aquel matrimonio, lejano aún, pero que ya había llegado á ser el dulce pensamiento de aquel tierno corazón. Era natural, en efecto, que Felipe de Boisvilliers, siendo, como

ella sabía muy bien, un modelo de todas las perfecciones morales, no se casara nunca con una niña de mal carácter, que no obedecía en todo lo que la mandaban.

El mismo proceder fué empleado siempre con igual eficacia para hacerla adelantar en sus estudios. Felipe de Boisvilliers había alcanzado brillantes triunfos en su colegio, y era evidente que había de ser en el porvenir un hombre notable, probablemente hasta un gran hombre: ¿podía su mujer ignorar las reglas de los participios? Esto no era admisible, y Juana convenía en ello.

Más tarde, la niña fué puesta en el colegio de las señoras de la Visitación, que era muy conocido, y estaba situado en la villa de A...., cabeza de partido del departamento. Al entregar á

su sobrina á sus cuidados , la señorita Angélica las confió en secreto los proyectos de la familia para el porvenir de Juana ; el culto que la niña profesaba á su primo , y el modo de utilizar aquel sentimiento para perfeccionar su carácter y su educación.

Armadas con tan preciosos informes, aquellas señoras acabaron inocentemente de inflamar la imaginación de la niña , no cesando de presentarla á Felipe Boisvilliers como un modelo, como un novio ideal , al cual debía agradar en todas sus acciones, y del que no podría hacerse digna más que con una aplicación sin igual y méritos excepcionales.

La señorita Juana estaba muy bien dispuesta para ver á su primo bajo las fases que se le presentaban , y pensaba constantemente en aquel día feliz y

casi sagrado en que había de unirse á él. Le había rodeado con toda la poesía vaga y deliciosa que se agita en el alma de una joven , y aparecía á sus ojos como cercado por una aureola. Preciso es confesar que la persona de Felipe de Boisvilliers se prestaba muy bien á esta apoteosis. Las enérgicas cualidades de su raza estaban atemperadas en él por la mezcla de la sangre maternal , más dulce y delicada. Era un muchacho alto, elegante y sencillo, de rostro grave , y con ojos de fuego , que denunciaban un ardor apasionado, que dominaba la costumbre y la dignidad. Sus triunfos de colegio, sus versos hechos con facilidad , y la prosa ingeniosa y agradable de sus cartas, daban testimonio , por lo menos , de una inteligencia buena, pero que Juana calificaba de superior. Has-

ta la reserva que Felipe guardaba con ella la imponía y la encantaba, y cuando se dignaba alguna vez aparecer en el locutorio del convento, se presentaba ante él temblando, y al mismo tiempo feliz y confusa al verse visitada por aquel Dios.

Aquel Dios, entre tanto, estudiaba el derecho en París con una dulce negligencia, que no dejaba de estar turbada por algunos temores. Una vez que terminase sus estudios, debía volver á Boisvilliers, para vivir allí con su padre, y cada día se aproximaba más el momento en que no tendría más remedio que explicar sus intenciones respecto á su prima. No ignoraba que su matrimonio con ella era cosa convenida entre las dos familias; pues aunque sin tratar abiertamente aquel asunto delante de él, le habían hecho muchas

veces alusiones que no le permitían olvidarlo; pero, desgraciadamente para la joven, conservaba siempre la antipatía que había sentido por ella siendo niña, y sacaba de cada una de sus visitas al convento impresiones difíciles de conciliar con el deseo de su familia. Encontraba á Juana fea y desagradable, á pesar de sus hermosos ojos azules, de sus magníficos cabellos negros y de sus blanquísimos dientes; además, era bajita, y estaba siempre tímida y cortada; en fin, estaba vestida sin gusto, y hasta con mucho descuido. Este detalle lastimoso no era, en verdad, culpa suya. En el colegio tenían el axioma de que sólo la belleza moral debía ser cultivada por las jóvenes discípulas, y estaba mandado que la más pequeña señal de coquetería fuera severamente castigada. Así, pues, los espejos esta-

ban suprimidos, y Juana, á quien sorprendieron alguna vez arreglando sus hermosos cabellos delante de una vidriera, fué particularmente reprendida en este punto.

— ¡La belleza moral, señorita, la belleza moral! (le repetían las dignas hermanas.) Esa debe ser vuestra única preocupación y cuidado, como será también, á no dudar, el único cuidado y preocupación de un espíritu tan elevado como el de vuestro primo.

— ¡Pero, madre mía (respondía Juana), mi primo no puede ver mi belleza moral en el locutorio!

— ¡Oh! No lo dudéis, señorita; la ve, ó, mejor dicho, la adivina en vuestro mismo desprecio por las vanidades exteriores.

Juana se dejaba persuadir, por más que era ella la que tenía razón. Su

primo, cuando iba al locutorio, no veía su belleza moral, sino sus cabellos en desorden, sus uñas demasiado recortadas, y sus botinas mal hechas y sin ninguna coquetería; y como él no tenía la suficiente belleza moral para apreciar el lado simbólico y superior de todas aquellas cosas, resultaba que, no sólo no veía una belleza, sino que tampoco veía la otra.

Á esta prevención arraigada y persistente contra su prima, venían á reunirse además sentimientos nuevos que se habían despertado con la edad, y que redoblaban su alejamiento hacia ella y hacia el porvenir que le destinaban. Sus triunfos escolares, sus ensayos poéticos, admirados por sus camaradas, le habían ilusionado de tal manera, que no estaba lejos de participar de la exagerada opinión en que Juana

le tenía. Sin mirar todavía algún objeto determinado, soñaba vagamente con la ambición y la gloria, y entreveía, además, en la deslumbradora esfera del mundo parisién, amores novelescos, llenos de episodios. Se estremecía al solo pensamiento de vivir sepultado en el fondo de una provincia, en el estrecho recinto de la casa paterna, teniendo facultades dignas para figurar y hacerse conocer en las grandes capitales, y pasiones dignas también de grandes aventuras.

Lo que había de delicado era hacer comprender á su padre todo esto.

El señor de Boisvilliers de La Roche-Ermel era un padre tierno, pero de ningún modo romántico: su frente severa, sus ojos grises y enérgicos, sus labios irónicos y burlones, no disponían á las expansiones; así es

que Felipe retardó cuanto pudo una confianza que evidentemente debía causar al anciano gentil hombre la más desagradable sorpresa; pero por fin terminó su carrera de abogado, y como desde aquel momento no tenía ya ningún pretexto para prolongar su estancia en París, comprendió que la hora de la explicación había sonado, y partió para Normandía, armándose de todo su valor.

Cuando llegó, tanto en Boisvilliers como en la Roche-Ermel, le recibieron con fiestas y alegrías, que le hicieron vacilar en su resolución.

Le parecía demasiado cruel causar una pena á aquellos nobles corazones, y su contrariedad y tristeza fueron notados por su padre desde el día siguiente de su llegada.